

# Liliputienses novillos de risa, pasados a España por Televisa

Por ENRIQUE GUARNER

Desde tiempo atrás ha existido la leyenda de que en las plazas del Continente Americano solamente se lidiaban utrereros. Esta idea siempre ha sido difundida en la Madre Patria y los toreros, así como los aficionados hispanos han sostenido la verdad de que entre nosotros la lidia de reses bravas carecía de seriedad y de mérito. En épocas anteriores a la nuestra, cuando existía una mayor inclinación por el oficio, tanto de los toreros como ganaderos, y menor mercantilismo, no pasó de ser un cuento aquello que se refería al «becerro americano».

Desafortunadamente hace ya algunos años que por nuestras latitudes únicamente por excepción vemos que se corren toros de verdad y cuando algo así sucede la presencia del astado es saludada con el entusiasmo del público aunque traiga aparejada el desconcierto de las mal llamadas figuras.

Fue por esta razón lamentable el que en la corrida celebrada el domingo se haya recortado tanto el tamaño como la encornadura de los bureles y mucho peor resultó la osadía de transmitir por vía satélite semejante festejo, nada menos que a España. Con ello las corridas que se efectúan en la Plaza México perdieron totalmente su importancia y tienen que haber provocado las carcajadas de aquellos que pudieran haberse desvelado con la sana intención de ver cómo son los festejos de ultramar.

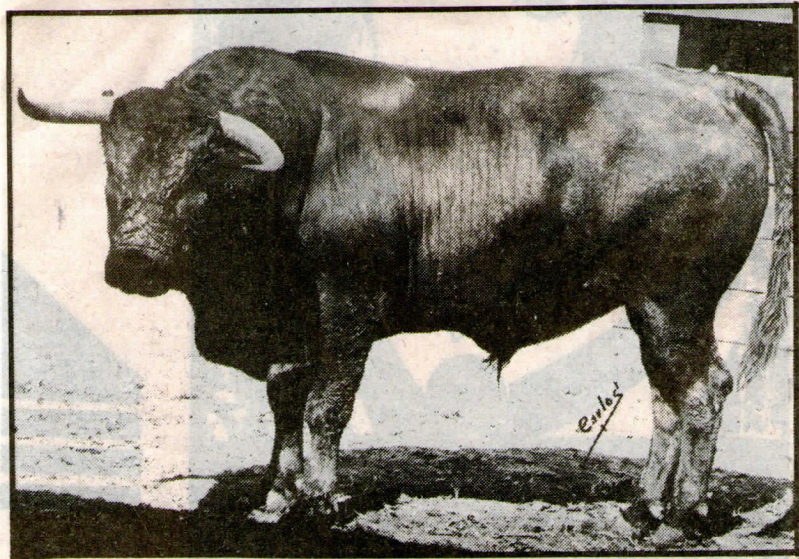
No tengo idea de cuál pueda haber sido el impulso para desprestigiar a la que llamamos la plaza «más grande y cómoda del mundo», pero lo que sí sé es que cualquier triunfo con los bureles que se lidiaron careció de

mérito. Para colmo, en lugar de procurar sobriedad y conceder contados apéndices, las autoridades enardecidas por espectadores eufóricos y posiblemente en estado de ebriedad otorgaron hasta cinco orejas.

La base del toreo es la emoción trágica y su belleza radica en el valor, la maestría y el arte que posea el lidiador. Transformar el mismo en una lamentable exhibición en la cual los cornúpetas pasaban por debajo de la cintura de los diestros constituye una catástrofe. Con los novillitos puede que se vea algún plasticismo, pero ninguna audacia y menos dominio. Es con el verdadero toro cuando se puede demostrar la auténtica calidad y técnica. La decadencia a la que hemos llegado precisa de un fin que solamente podrá darse con la presencia del astado con edad, trapío, cuartos traseros repletos y grandes pitones sin defecto alguno.

Si los ganaderos cobran por toros deben enviarlos a los ruedos y los matadores tienen que honrar y justificar su categoría, enfrentándose a cornúpetas de verdad. Por algo pagan generosamente los aficionados enriqueciendo tanto a los diestros como a los criadores de reses bravas.

Si queremos que nuestra fiesta adquiriera categoría y no degenerara en una auténtica pantomima que provoque la risa de los aficionados españoles, tenemos que procurar que se lidie el verdadero toro y no dejar que los veterinarios de la empresa nos digan edades ficticias. Hubo un momento en que propusimos que los cuernos fueran a la universidad, pero a raíz de que se descubrió un encierro afeitado, se ha dejado de hacerlo para no comprometer a los organizadores de las corridas y a los ganaderos.



Véase en esta gráfica lo que es un verdadero toro de lidia y compárese con lo que observamos el 10 de noviembre en el ruedo de Insurgentes.